

Las campanas doblan en julio. Los Hemingway

Medardo Arias Satizabal

Escritor colombiano

Hace 38 años, el 2 de julio de 1961, el escritor norteamericano Ernest Hemingway se disparó en la cabeza con su escopeta de caza; fue en una cabaña de Sun Valley, en Ketchum, Idaho. Su nieta Margaux escogió la misma fecha para quitarse la vida, en julio de 1996.

La saga del suicidio en la familia Hemingway, viene desde el padre del autor, Clarence Edmunds Hemingway.

En julio se cumplieron 100 años del nacimiento del autor.

Aunque hoy se estudian las posibles causas genético-hereditarias del suicidio, y siendo Hemingway hijo de padre suicida, los investigadores apuntan a retirar esta hipótesis de la vida del autor, pues, al menos aquí en los Estados Unidos se concluye que “tenía fuertes razones para acabar con su existencia”, cuando se cumplen, este 21 de julio, cien años de su nacimiento en Oak Park, Illinois.

Esa certeza en la depresión profunda que sufría el escritor en julio de 1961, se remonta a unas razones escudriñadas en el proceso de su vida. Muy joven, Hemingway fue rechazado del ejército de los Estados Unidos, por escasa visión en uno de sus ojos; motivo hiriente para quien deseaba lucir, siempre, como emblema, la imagen de un hombre “valiente y tosco”, tierno a la vez, extraviado en las sensitivas reflexiones de la literatura y el mundo intelectual.

No obstante la circunstancia anterior, habría que sumar el tránsito de Hemingway por las

rutas del alcohol, su apego consuetudinario a la bebida y la carga anímica que le significaron sus tres separaciones. Sus matrimonios con Hadley Richardwon, Pauline Pfeiffer, Martha Gellhorn y Mary Welsh estuvieron caracterizados por la disputa permanente, cambios de residencia y el consecuente trasiego de sus hijos entre el afecto de sus madres y la presencia fugaz de un padre viajero, cazador, pescador de altura y aventurero.

El declive definitivo de Hemingway es fijado por los historiadores, no obstante, a partir de 1951 cuando fallece su madre Grace Ernestine Hall, cantante aficionada en su juventud, y el escritor, sumergido en un nuevo proyecto literario, no asiste a sus funerales. Esta década, no obstante el progresivo nihilismo de Hemingway, sería la más rica en reconocimientos a su obra.

En 1952 publica en LIFE la que muchos consideran su obra mayor: *El viejo y el mar*, absolutamente consagratoria, y en 1953, recibió el Premio Pulitzer. Un año después, en el 54, la Academia Sueca lo corona con el Nobel de Literatura. Ya en Cuba, a su regreso de Estocolmo, decide dejar la medalla con la efigie de Alfred Nobel en el Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de los cubanos, de la que se había hecho devoto en sus correrías con cantineros y pescadores.

El Verano Peligroso

Después de su viaje a España en 1960, donde concluye su famoso reportaje sobre el mano a mano entre los toreros Luis Miguel

Así, **como un disparo certero**, había sido su estilo periodístico, su prosa literaria. Toda su vida. Con su muerte, creció la leyenda del **escritor tierno y brutal** al tiempo; el **ángel enamorado** de emociones fuertes, de los toros, el boxeo, la caza, la pesca mayor, y por los sótanos del **mundo** se repitió la historia del **hombre que escribía de pie, descalzo**, parado sobre la piel de ese mismo antílope que llevaba marcado en la sangre, **PUES LE HABÍA QUITADO LA VIDA**, y el animal nada le debía.

Dominguín y Antonio Ordóñez, compilado bajo el título *El verano peligroso*, sus médicos le observan síntomas de desequilibrio mental. Su esposa Mary Welsh lo convence de someterse a un tratamiento adecuado en Estados Unidos y es así como lo ingresa en la Clínica de Reposo de los Hermanos Mayo en Minnesota. Estando ahí, solicita un permiso para ir a Ketchum, Idaho. Es en este lugar donde se dispara el 2 de julio de 1961, hace 38 años, con una escopeta de caza, la misma con la que había derribado un kudú, cuya muerte narra en *Las verdes colinas de África*: “Era un kudú macho, enorme y hermoso, esta vez más muerto que una piedra, caído de costado con los cuernos formando grandes espirales oscuras, ancho e increíble, mientras yacía muerto a cinco metros de distancia de donde yo acababa de hacer aquél disparo instantáneo. Lo contemplé, grande, de patas largas, de un gris liso y suave con rayas blancas, y los grandes y retorcidos cuernos marrones como la madera del nogal y punteados de marfil, sus grandes orejas y el grande y sólido cuello, la mancha blanca que tenía entre los ojos y el blanco de su morro, y me incliné para tocarlo y saber que era verdad. Estaba tumbado de costado, por donde había penetrado la bala,

y no había ninguna marca en él, y tenía un dulce y agradable olor como el del ganado y el tomillo después de la lluvia...”

Así, como un disparo certero, había sido su estilo periodístico, su prosa literaria. Toda su vida. Con su muerte, creció la leyenda del escritor tierno y brutal al tiempo; el ángel enamorado de emociones fuertes, de los toros, el boxeo, la caza, la pesca mayor, y por los sótanos del mundo se repitió la historia del hombre que escribía de pie, descalzo, parado sobre la piel de ese mismo antílope que llevaba marcado en la sangre, pues le había quitado la vida, y el animal nada le debía. Una alusión directa a ese rito de la escritura que practicaba el autor, aparece en la película cubana *Memorias del subdesarrollo*, donde la cámara enfoca su estudio en la finca “Vigía”, en San Francisco de Paula, la maquineta Smith Corona, el cuadrado de la ventana frente al mar.

Para los editores de las revistas de moda y farándula, su nieta Margaux se había convertido en una obsesión. Al menos en los Estados Unidos; modelo cotizada y actriz de cine, se encontraba en ella la semejanza más aproximada a su abuelo. Bohemia y disipada, daba cada escándalo con nuevos amoríos, e igual era retratada en las islas del Caribe, como en África

o en la Costa Brava Española, en ademanes que al mundo le recordaban al “Papa” -así lo llamaban en Cuba- Hemingway. El verano de 1996 transcurría con su carga de nuevas playas y licores y, al menos para la prensa del corazón, la Hemingway gozaba de la mejor salud. Sin embargo, ella escogió también el mes de julio, como su abuelo, para morir por audeterminación, como si los genes de su bisabuelo Clarence la hubieran alcanzado también en la proa festiva de los yates.

El escritor en Cuba

En 1988 visité esta casa y me llamó la atención un pequeño aviso en bronce, junto al portalón: “Casa Museo Hemingway; cerrada domingos y días lluviosos”. Hay un camino de piedra y arena para subir hasta la casa bordeada de mangos, tamarindos y mamoncillos, junto a una piscina vacía y el sonido solitario de un martillo. (Entonces, los obreros se atreaban en la reparación del yate “Pilar”, su embarcación de pesca, la cual sería dispuesta luego en una urna de vidrio, para la curiosidad de turistas e investigadores).

En esas nueve hectáreas vivió durante veinte años. El lugar es conocido como “Vigía”, porque fue originalmente un puesto de vigilancia del ejército español. Hemingway lo compró al francés Roger Joseph D’Orn Duchamp de Chastaingne, en 1940. Había llegado un año antes a Cuba, procedente de la Guerra Civil de España; quería encontrar un lugar tranquilo para escribir la novela *Por quién doblan las campanas*, obra que redactó en el cuarto piso del Hotel “Ambos Mundos” de La Habana. Ahí, por un clasificado de periódico, tomó interés por la casa.

En su escritorio, junto a lápices y borradores, el visitante puede observar su carné de corresponsal de guerra, balas de gran calibre, cajas de anzuelos, sus gafas de aro dorado y redondo, entre dagas y flechas de la tribu Masai, con la que convivió en Tanganyika.

En su biblioteca, bajo un toro de piedra, escultura que le obsequiara Pablo Picasso, se observan, entre otras obras, una biografía de George Washington y las revistas de suscripción que entonces recibía; *Las Fronteras del Mar*, *Sport Illustrated*, *Life*, *Farm*, así como publicaciones especializadas en pesca mayor y un tratado de ingeniería de la “Union Pacific”.

También están sus zapatos de trotamundos, carteles de toros, trofeos de caza -cabezas dise-cadas de antílopes- y bebidas, muchas bebidas en el bar, el mismo que describiera, botella por botella en su obra póstuma, *El jardín del Edén*, aparecida en 1986.

El yate “Pilar” le sirvió no solamente para jornadas de pesca de Marlin, a la cual invitó en una ocasión a Fidel Castro, sino también para correrías por el Caribe en compañía de nobles europeos. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial y en un arranque de locura, Hemingway hizo artillar el barco para salir en las tardes “a buscar submarinos nazis”.

También fue poeta

Ernest Hemingway fue inicialmente poeta. Esta vocación temprana la demostró en su primera obra *Tres cuentos y diez poemas*, publicada en 1923. Sin embargo, con los años, casi llegó a olvidarse de esta etapa de su producción literaria. Muchos de los 88 poemas de su madurez, reunidos en una edición en 1982, fueron escritos en estado de ebriedad y hallados al cabo del tiempo en los cajones de habitaciones del Hotel Ritz y en las múltiples estancias donde vivió y amó entre un iluminado desorden. Iba dejando sus poemas en servilletas, en papeles de cuentas, en hojas de correspondencia del hotel Algonquin de Nueva York, en el hipódromo, en las plazas de toros “La Maestranza” de Sevilla, en “Las Ventas”, de Madrid, en el Lido y el Bar de Harry, sus lugares predilectos en Venecia; en la bodeguita de El Medio en La Habana, en los bordes de los diarios y en libretas donde

aparece también el precio de una botella de Vermouth o un kilo de salmón.

A los 32 años escribió en Alemania este poema que tituló “Consejo a un hijo”:

*“Nunca mates a un judío,
Nunca firmes un contrato,
Nunca alquiles un asiento.
No te alistés en los ejércitos,
ni te cases con muchas mujeres;
nunca escribas para revistas;
nunca te rasques la urticaria.
Pon siempre papel en el asiento,
No creas en las guerras,
Consérvate limpio y aseado,
nunca te cases con prostitutas.
Nunca pagues a un chantajista,
Nunca vayas con la ley,
Nunca confíes en un editor,
o dormirás sobre paja.
Todos tus amigos te dejarán
Todos tus amigos morirán.
Así que lleva una vida limpia y sana
y reúnete con ellos en el cielo”.*

Su afecto por los gatos también lo expresó en poesía. Llegó a tener más de cincuenta gatos. Afirmaba que ellos, los gatos, tenían una natural predisposición al sonido de la letra “S”, y por ello los bautizaba con esta letra al comienzo, en la mitad, o al final de sus nombres. Tres de sus gatos más queridos fueron Missouri, Lasco y Ambrossy. Sin embargo, a ninguno recordó tanto como al que bautizó “Christian Crazy” (Cristiano Loco), al que le dedicó un poema en 1946 en su casa de “Vigía”: “Hubo un gato que se llamaba Cristiano Loco/ que no vivió lo suficiente como para retorcerse/ tenía un corazón alegre/ joven y bello/ y conocía todos los secretos de la vida/ siempre llegaba a tiempo para desayunar/ corría por tus pies, persiguiendo una pelota/ era más rápido que un pony de polo/ no estaba preocupado un solo instante/ su cola era un penacho que corría con él/ era más negro que la noche y más rápido que la luz/ así que los gatos malos lo mataron en otoño...”

Hartford, Connecticut, verano de 1999

Bibliografía activa:

Tres cuentos y diez poemas (1923); *In our time*, dos volúmenes (1924 y 1925); *Torrentes de primavera* (1926); *Fiesta* (1926); *Hombres sin mujeres* (1927); *Adiós a las armas* (1929); *Muerte en la tarde* (1923); *El que gana pierde* (1933); *Las verdes colinas de Africa* (1935); *Tener y no tener* (1937); *La quinta columna y los primeros cuarenta y nueve cuentos* (1938); *Por quién doblan las campanas* (1940); *A través del río y entre los árboles* (1950); *El viejo y el mar* (1952); *El verano peligroso*, (1960).

Obras póstumas:

París era una fiesta, (1964); *Islas en el golfo* (1970); *Las aventuras de Nick Adams*, (1973) y *El Jardín del Edén*, editada en 1986.

hojas Universitarias.....